



I.

FELICIDAD DOMÉSTICA

Una.... dos.... tres.... cuatro.... las diez. ¿Te acuerdas de esta hora, Clarenzia? Precisamente hace dos años que te estrechaba la mano, y que la bendición de un sacerdote unía para siempre nuestra existencia y nuestros corazones....

Clarenzia suspiró tan levemente, que ni aun lo percibió su esposo. ¿Cuánto querría decir esa ténue y melancólica voz del alma?

—Tu mano, continuó el caballero, temblaba entre la mía, tus mejillas se cubrieron de una ligera tinta azulada, tu voz fué tan débil, tan imperceptible, que apenas se escuchó; y sin embargo, me amabas, ¿no es verdad, Clarenzia?

—Si no te hubiera amado, ¿me habría unido contigo?

—Creo que no; pero mira, eras muy niña, tu padre te ordenaba que te casaras; tus parientes también lo apoyaban... ¿quién es capaz de expresar lo que sentí en el momento de nuestro enlace, cuando de pronto se me vino la idea de que la obediencia y no el amor te forzaban á recibirme por marido?

—Era ciertamente una preocupación, Ricardo; debías haber reflexionado que es una transición terrible para una joven, el pasar de una vida de niña á una vida de esposa. Y después, como el casamiento es un acto que decide para siempre de la suerte de nosotras, pobres mujeres...

—En cuanto á mí, Clarenca, siempre consulté tu voluntad, espíe los menores movimientos de tu alma, y quise por fin obtener tu corazón, no tu mano.

—Sí, es verdad, Ricardo, y con mi alma te lo agradezco, pues hubiera sido insoponible pasar de repente al dominio de un hombre sin conocerlo, y sin haber quizá ni escuchado el metal de su voz. Esto ha de ser horrible, ¿no es verdad? y sin embargo, á cuántas jóvenes las casan así.

—Por lo demás, Clarenca, y aun cuando tú no me hubieras conocido sino el día de la boda, no tendrías de qué arrepentirte, porque mi empeño ha sido satisfacer aun tus más recónditos deseos, amenizarte la vida, amarte.

—¡Ricardo!

—¡Clarenca!

Ambos se estrecharon la mano; Clarenca se quitó un schall de gasa, y quedó descubierto un cuello blanco como la pluma del cisne, torneado como el de una estatua de Canova, reluciente y terso como un mármol pulido de Italia.

—En dos años, continuó Ricardo, no hemos tenido ni un sólo disgusto.

—Es verdad, ni celos, . . . ni . . .

—Ni mal humor.

—Mi voluntad ha sido la tuya.

—Mi ocupación el adorarte. Clarenca se desató el peinado, y un cabello castaño enlazado con laurel-rosa, cayó sutil, ondeante, perfumado sobre su blanquísimo cuello.

Ricardo tomó una de las trenzas, la acercó á sus labios, y continuó:

—¡Cuán felices hemos sido! han volado los días para mí como si fueran instantes; ni un momento de fastidio en mi alma, ni una idea de amargura ó de tristeza; todos han sido pensamientos de amor y de ilusión.

Clarenca al descuido descubrió un pie pequeñito.

—Clarenca, ¡qué hermosa eres, cuánto te amo!

—Ricardo, déjame reclinar en tu seno.

—¡Clarenca! ¡Clarenca! ¡Qué feliz sería yo si la muerte me sorprendiera en tus brazos; así, acariciando tu frente; así, mi-

rando mi ventura en esos ojos negros; así, sintiendo el contacto de tu cabello; así, besando tus labios de rosa! ¡Oh, Clarencia! sería pasar de un cielo á otro cielo, sería acabar la vida abrazado con un ángel, sería morir de placer y de amor.

Los ojos de Clarencia se humedecieron. Esta escena pasaba en una de esas lindas casas que se hallan por la ribera de San Cosme, llenas de naranjos, de rosas, de claveles y de mirtos. Ved á Clarencia de dieciseis años, blanca, de ojos negros, mejillas de rosa y cabello castaño, reclinada en brazos de su esposo, respirando la brisa embalsamada, mirando un cielo azul, melancólicamente alumbrado por la luna, rodeada de luciérnagas, que ya brillaban como diamantes y esmeraldas, ya se ocultaban entre las hojas de los naranjos y de las yedras..... y luego una fuente que por allí cerca corría.... un zenzontle que cantaba.... los acentos de una harpa lejana.... Ricardo lloró de felicidad esa noche.

Ventura rara, rarísima en un matrimonio.

II.

CONVITE

Ocho días después un lacayo tocó la puerta de la casa de Clarencia y suplicó pudiesen en sus manos una pequeña cartita color de rosa, cerrada con una curiosa "ostia en relieve." Clarencia leyó: "Mi querida amiga. Esta noche tengo un baile de máscara en mi casa. Las personas que han de concurrir son todas conocidas y de confianza, y cuento con que no faltarás. Mucho tiempo hace que estás retirada del mundo, y es preciso que uno que otro día te diviertas: cuento también con que vendrá tu esposo. Te manda un beso tu tierna amiga.—ANA."

Apenas acabó Clarencia de leer el billete, cuando, llena de infantil alegría, se puso de un brinco en la recámara, donde Ricardo dormía un sueño tranquilo, medio recostado en un sofá. Para despertarlo de una manera más agradable, tomó el partido de cantar una cavatina de la Sonámbula, y de frotar ligeramente los labios y la nariz de Ricardo con una punta de su trenza.

—¡Ah! eras tú, traviesa, dijo el marido, estregándose los ojos; entre sueños estaba

yo escuchando tu voz. Sigue, sigue cantando, porque es muy agradable dormirse ó despertar con las armonías de Bellini reproducidas por tu garganta. Pero ¿qué contiene ese papelito color de rosa que tienes en la mano?

—Una friolera, Ricardo: es un convite que me hace Ana para un baile de máscaras.

—¡Baile de máscara! murmuró entre dientes Ricardo. ¡Diablo! esto suele ser peligroso, puesto que no todos saben guardar el decoro necesario ni usar del disfraz con educación.

—Todas son gentes de confianza y conocidas las que deben asistir.

—En ese caso...

—Iremos, ¿no es verdad?

—Es menester, hija mía, que recuerdes que el médico me ha prohibido salir en estos días.

—Entonces valía más que no hubieras

—Dejaremos la diversión para otra vez.

El semblante de Clarenia se entristeció.

—Nada de tristeza, ni de pesar, muchacha; si tú lo quieres absolutamente, irás.

—Jamás deseo lo que á tí pueda desagradarte. Era un capricho mujeril, una curiosidad de ver solamente lo que hace tantos años que no veo; pero ¿empeño? ninguno, ninguno tengo. Me quedaré gustosa.

—Clarenia, esa resignación y esa conformidad te hacen encantadora. Es imposible rehusarte nada. Ahora, por el contrario, te ruego que vayas y que te diviertas. Ya combinaremos el modo. Por lo pronto, manda decir á tu amiga Ana, que te envíe el coche y un dominó. Ve, ve, hija mía.

Clarenia miró á Ricardo con una expresión de reconocimiento, y por decirlo así, sin imprimir sus huellas en la alfombra, se lanzó fuera de la alcoba.

A las ocho de la noche Clarenia se puso al tocador. Traje negro de terciopelo bordado de oro. ¡Qué bien le sentaba á su hermosura! ¡Cuánto realzaba la nieve de sus hombros y pecho! Después pasó al derredor del cuello una soga de perlas con una cruz de diamantes y esmeraldas: después ciñó su frente con una cadena de oro con un pequeño pájaro de rubíes: después fué colocando en sus rosados dedos, anillos de topacio, de ópalo y de brillantes. Clarenia estaba linda como un serafín. Clarenia estaba risueña, fresca como la aurora de Guido-Reni.

Ricardo la miraba extasiado.

Luego que acabó de vestirse, Clarenia dijo á su esposo, ¿estoy bien adornada así?

—¡Diablo de baile de máscaras! murmuró Ricardo entre dientes.

—¿Quién me acompaña al baile, Ricardo?

—Nadie.

—¿Es posible? Con que tendré que ir sola?

—No tal, llevas un buen compañero.

—¿Cuál es?

—Tu honor, hija mía, único galán que debe reemplazar las ausencias del marido.

—Dices bien, si todos los esposos fueran así, jamás serían engañados. Adiós, Ricardo.

Ricardo besó la frente de su mujer y la acompañó hasta la puerta. En la calle estaba ya aguardándola el coche de Ana.

III.

BAILE.

En cuanto paró el coche en la casa de Ana, se revistió Clarenia de un dominó negro y rosa, se puso una careta, y bajando del carruaje, atravesando el patio, subiendo la escalera, tropezando y evitando algunos máscaras que la querían detener, se encontró por fin en una sala extensa, amueblada con ricos sofás y sillones de cerda, y adornada con espejos, cuadros, floreros y arañas de cristal. No sé qué cosa tiene de espléndido, de sorprendente, de voluptuoso, un salón así dispuesto, é iluminado con la blanca luz de la esperma. ¡Cuánto bri-

llan los adornos de las señoras! ¡Cuánta es la ternura y morbidez de sus formas! ¡Cuán bellas son, en fin, esas damas de baile, llenas de aromas, cubiertas de perlas y topacios, crujendo la seda y el terciopelo de sus vestidos, girando en un vals, rápidas como el viento, fantásticas como unas sílfides. Ved cómo sus pequeños piés apenas tocan el suelo: ved qué graciosos son los ondeantes contornos de sus vestidos: ved sus cabezas bellas como los bustos de la escultura griega: ved cómo sonríen, cómo sus niejillas se encienden, sus lindos ojos se animan, sus manos torneadas y suaves buscan un apoyo, una dulce presión: vedlo todo, sí, vedlo, porque las mujeres son lo más delicado de la creación, lo que se admira con una especie de arrobamiento delicioso: ¡oh, es mejor que no veáis nada!

En cuanto á la pobre Clarenia, iba y venía de un lado á otro. Si le hablaban, no respondía; si le decían bromas, sentía subírsele la sangre al rostro; si la conducían a un extremo de la sala lo consentía, y con la misma facilidad pasaba á otra parte. Muchos tenían curiosidad de saber su nombre, porque sus manos blancas y delicadas anunciaban una cara hermosa: algunas máscaras, viendo su obstinación en no hablar y su poca expedición para una sociedad semejante, la tuvieron por una imbécil y la llenaron de sarcasmos. Al fin Clarenia quedó en medio de la sala, abandonada, ex-

traña á aquella reunión, y sufriendo los empujones de los grupos de máscaras que bailaban con rapidez, sin hacer caso de los que estaban en pie. La primera idea de Clarenia fué separarse de aquella tertulia, donde reinaba una especie de libertina franqueza que se avenía mal con su genio modesto y recatado; pero reflexionando que tal vez una vuelta repentina á su casa disgustaría á su esposo, tomó el partido de buscar un asiento, donde confundida entre la muchedumbre, nadie se ocupase de ella, á la vez que pudiera divertirse ó entregarse á sus reflexiones, que por el pronto eran melancólicas y como precursoras de algún accidente desagradable. En efecto, se acomodó en un sillón que estaba junto á la vidriera de un balcón y casi oculto entre el cortinaje: allí Clarenia pensó por la primera vez que su vida había sido quieta é ignorada como las fuentes cristalinas que corren en el desierto: que su hermosura no había llegado á la vista del mundo; que su juventud iba deslizándose, sin que los inciensos de la adulación la embalsamaran, sin que los acentos lisonjeros del amor halagaran el tímpano de sus oídos; en una palabra, Clarenia, aunque se reconocía feliz en su estado, sentía que su belleza no hubiese tenido admiradores, que su mano no hubiese sido reclamada y codiciada por muchos, y que su vida se perdiera entre el torbellino del mundo, sin dejar un sólo re-

uerdo, sin ser el objeto de la más ligera memoria.—¿Y Ricardo no la amaba?—Sí; pero Ricardo era su marido, y los pensamientos que asaltan á las jóvenes casadas, son de tal manera, que ó las entristecen con la imagen de una dicha que perdieron, ó las deleitan con un porvenir fantástico é irrealizable. Allá en el cúmulo de esas meditaciones generales, brotó de improviso en el corazón de Clarenia un recuerdo tierno, melancólico, recuerdo de los primeros años, recuerdo coloreado con esa apacible y hermosa aurora que acompaña la vida de los niños. Clarenia en aquel momento no oía ni la armonía de la música que tocaba un valse alemán, ni percibía la agitación y ruido de los que bailaban y conversaban. Eran armonías de otra edad, era la inocente agitación de otra época, era el eco perceptible de los tiempos de la inocencia y de las ilusiones. Vióse de repente transportada al jardín de una casa de San Angel, donde oyó por primera vez pronunciar á Antonio la palabra amor; donde con su vestido albo como la nieve y su frente ceñida de rosas, corría por entre la verdura y el césped huyendo de las caricias de Antonio; donde sentada debajo de un árbol contemplaba con cierta envidia á las aves que reposaban juntas en un nido; donde, en fin, la brisa embalsamada de las noches de verano, las flores, las aves, el cielo azul, el arroyo trasparente, murmuraban las dulces palabras

“amor,” “ilusión,” “felicidad.” Pasaron esos días; Antonio se apartó de Clarcncia; Clarcncia creció, amó, si se quiere, á su esposo; pero jamás, jamás pudo olvidar enteramente esas escenas. ¿Quién es capaz de borrar la primera afección tierna y sincera que se graba en los corazones de los niños?

Un máscara se acercó, y con voz de tiple dijo á Clarcncia:

—“Mascarita, estás muy triste.”

Clarcncia respondió maquinalmente:

—Sí.

—¿Quieres bailar?

—Estoy cansada.

—Una sola contradanza y te sientas.

—Estoy enferma de un pie.

—Entonces valía más que no hubieras venido.

—Es una verdad.

—Vamos: puesto que no quieres bailar, platicaremos.

—Como quieras, máscara, todo es igual para mí.

—Tus manitas son muy bonitas; tu pie debe ser pulido, y tu rostro. . . . ¡Ah! mascarita, dime en secreto quién eres.

—Una mujer á quien no conocerías aun cuando se quitara la careta.

—Pues bien, levántala dos dedos: que vea tu boca solamente. Al decir esto echó mano á la careta de Clarcncia.

—¡Máscara, esa es mucha descortesía!

—Perdón, mascarita; pero te adoro sin conocerte, y no pude resistir á la idea de ver tu linda faz, sí, porque tú debes ser muy linda.

—Te suplico me dejes, máscara, y vayas á entretenerte con otra, con otras mil de esas que charlan y cruzan la sala en todas direcciones.

—¿Que me vaya, cruel? . . . ¿Que me vaya cuando te amo?

—¡Oh! exclamó Clarcncia, esto es insufrible!

—Mascarita, dame tu mano, continuó el interlocutor, ejecutando lo que decía.

—¡Caballero, ya es demasiado! exclamó Clarcncia en su voz natural: digo á vd. que se marche de aquí, ó grito á alguno otro que venga en mi auxilio, y sea más bien educado y caballero que vd.

El máscara quedó petrificado al escuchar la voz de Clarcncia; pero pasando un instante, con una voz convulsa y mal disfrazada:

—Señorita, pido á vd. mil excusas; acaso no habrá otro más caballero que yo en la sala; fué en efecto una libertad la que me tomé. . . . pero la costumbre. Espero que no se moverá vd. de este lugar, donde parece que está á gusto, sólo por causa de mi indiscreción.

Clarcncia, que había intentado levantarse del asiento, volvió á quedar quieta con las seguridades y disculpas del máscara. Es-

te, después de un rato de silencio, prosiguió con su voz de tiple.

—Parece que estás ya contenta, mascarita.

—Si moderas tu charla lo estaré.

—Bien, te voy á contar seriamente una historia que te ha de divertir. Es cosa formal.

—Dí lo que quieras, contestó Claren-
cia con desdén.

—Has de saber que había un joven que se llamaba. . . . su nombre poco importa, tanto más que no lo conocerás. Pero creo que no me escuchas.

—Te escucho, prosigue, contestó Claren-
cia con la misma frialdad.

—El tal joven, prosiguió el máscara, era bien parecido; pero sus cualidades morales eran todavía más bellas, y su corazón ardiente como el sol de México. El pobre muchacho amó locamente á una niña, hermosa como tú lo eres, mascarita, y virtuosa y amable también como tú, á pesar de ese altivo desdén que manifiestas; pero esto no es lo principal del cuento; prosigó con él para no cansarte. Dios concede á todos los mortales una época, aunque corta, de ventura en esta vida. Los inocentes muchachos, que se amaban con toda la fuerza de su alma, gozaron. . . . ¡Oh! si los hubieras visto, mascarita, correr y jugar como dos corderillos por las praderas de césped y

los bosquecillos de manzanos de Tizapán!

—¿Decías, máscara, que el joven se llamaba? interrumpió Claren-
cia con agi-
tación.

—Gozaron mil delicias, mascarita; pero digo delicias, porque precisamente un joven ve á la primera mujer que ama como á su ángel tutelar, como á una virgen sagrada á quien no es lícito ofender ni con el pensamiento.

—Es verdad, es verdad, contestó Claren-
cia.

—En cuanto á las mujeres, en su edad tierna también son sinceras, también aman como los ángeles, también su corazón es puro y limpio como el cristal. ¿Parece que te agrada la historia?

—Al menos no me molesta, contestó Claren-
cia con afectada frialdad, y puede ser que tuviera gusto en acabarla de oír.

—Pero el mundo, el mundo señora, con-
testó el máscara sin darse por entendido de la contestación de Claren-
cia, empaña con su soplo corrompido ese cristal, y una vez que perdió su brillo, su pureza y su tersura, voló también el amor, volaron las dichas, voló para siempre lo que hay de más grato al hombre, qué es la esperanza.

Claren-
cia lanzó involuntariamente un ahogado gemido, porque el máscara era un demonio sin duda que había adivinado sus pensamientos, que respondía de acuerdo á las meditaciones de su alma.

—Y después, señora, cuando pasaron rápidos como un meteoro los días de la niñez; cuando se rasgó el velo que nos encubría las miserias e inconsecuencias del mundo; cuando á la luz de la realidad se desvaneció el prisma dorado de las ilusiones de amor, entonces...

—¿Pero la historia? interrumpió Claren-
cia algo conmovida.

—Entonces, señora, cada hombre tiene que contar una historia lastimosa que pocos comprenden, historia lúgubre, toda compuesta de martirios, de lágrimas, de sangre que destila el corazón, y que sólo una mujer es capaz de adivinar. ¿Parece que me he explicado, Claren-
cia? Al decir esto se quitó la careta.

—¡¡ Antonio!! ¡¡ Antonio!!

—Ya ves, Claren-
cia, que mi palidez, continuó Antonio con la voz agitada, no deja mentir á mi boca; ya ves que estas mejillas hundidas y que esta frente amarilla indican una cadena de sufrimientos morales.

—¡ Antonio, huye de aquí por piedad! ¿De qué te servirá arrancarme la felicidad y la paz del corazón? Déjame, déjame ir, sácame por Dios de esta reunión loca, donde la música y la alegría me martirizan.

—Claren-
cia, es imposible; la noche está tempestuosa, y por otra parte deseo tener una explicación corta contigo. Después, Claren-
cia, te conduciré donde quieras, me

separaré de tí... para siempre... te dejaré en el seno de la dicha.

—En efecto; la lluvia azotaba con fuerza las vidrieras, y sólo se veía en la calle al pobre sereno sentado en una puerta delante de su farol, arrebuja-
do en su capote y parecido á un ídolo antiguo.

—Claren-
cia, sin embargo, se levantó de la silla; pero Antonio la tomó una mano, y la obligó á que volviere á sentarse.

—¿ Y te ibas, te apartabas sin preguntarme qué ha sido de mi existencia en los años que he estado separado de tí? ¡ Oh! ¡ esto es atroz! ¿ Ningún interés te causa mi suerte?

—Antonio, toda explicación es excusada ya entre nosotros. Si quieres envenenar mi vida; si intentas convertirme en una de tantas mujeres perjuras; si deseas despertar en mi corazón un recuerdo que debe serme amargo como la hiel, entonces habla, habla, Antonio.

—¡ Oh Claren-
cia! discurre tú como discurre quien no ama, como discurre quien es dichosa; pero yo, Claren-
cia, cuya vida está envenenada con un recuerdo: yo que he visto de un golpe desaparecer violentamente todas mis esperanzas: yo que tengo un vacío horrible, eterno, en mi corazón; yo, Claren-
cia, que te adoraba como á un ángel del cielo, ¿ puedo hablar como tú? Antonio lloró.

—La sociedad, el honor, Dios mismo ha

cavado un abismo profundo que nos separa á tí y á mí, Antonio! Era menester despreciar la sociedad, abandonar el honor, renegar de Dios, y entonces unírnos para experimentar, no placeres, sino sinsabores, oprobio, vergüenza. . . ; Antonio, soy casada! ; Esto no tiene remedio! Clarcncia sintió que debajo de la careta de burla y de farsa corrían dos gruesas lágrimas que habían brotado de lo más íntimo de su corazón.

—Clarcncia, no deseo perturbar tu tranquilidad; no deseo degradarte al rango de mi querida. . . nada, nada que te ofenda, Clarcncia; pero al menos quiero tranquilizar mi corazón; quiero me digas que me amas como una niña. . . como una hermana. . . Ya ves, Clarcncia, cinco años de fatigas, cinco años de una constancia sostenida por tu amor; cinco años de pensar día y noche en tí, merecen que pronuncies una palabra que haga de mi vida un largo día, triste y sin sol; pero no una noche lóbrega y desesperada.

—Antonio, espero que no abusarás de mí: te voy á hablar como hablaría á Dios. Con ninguno hubiera sido más feliz que contigo: mi juventud se hubiera deslizado sin sentirlo por un camino de rosas, y en mi vejez partiría mi tiempo en acariciar á nuestros hijos y en recordar los tiempos de los primeros amores; pero Dios lo ha dispuesto de otra manera. Me casé creyendo

que me habías olvidado, y tenía razón: tres años de silencio me persuadieron que aquellos amores habían sido un juego; procuré ahogar, pues, unas memorias inútiles y vagas; separé totalmente mi niñez de mi juventud, y pensé una que otra vez en tí; pero lo mismo que se piensa en esos cuentos fantásticos con que nos arrullan las nodrizas; hoy, Antonio, un pensamiento que pase de esta clase, es un crimen. Hoy, te lo repito, tengo deberes y obligaciones que cumplir, y nadie en el mundo me separará de ellos. Las pasiones son terribles, impetuosas; pero es menester sobreponerse a ellas y dominarlas. Te he dicho cuanto podía, Antonio: bastante me ha perjudicado esta entrevista casual: en lo de adelante, Antonio, si me amas, es necesario que me prometas dos cosas: la primera no procurar verme más, pues esto te perjudicaría; la segunda, respetar á mi esposo, pues un lance ruidoso me quitaría inútilmente el honor.

—¡ Es verdad, Clarcncia, es verdad! No ha quedado para nosotros en el mundo ni una gota de consuelo; nuestros pobres corazones que se unieron en la niñez, ha sido forzoso dividirlos en la juventud; pero lo que te pido, Clarcncia, es un cariño de hermano; dime que no me olvidarás, que mi nombre será grato á tus oídos, que te complacerás cuando veas ensalzadas mis proezas en los diarios, y que si muero honrosa-

mente en los campos de batalla, derramarás una lágrima y elevarás á Dios un ruego.

—¡Antonio! interrumpió Clarencia conmovida: es menester separarnos; esta conversación no debe prolongarse más.

—Sea como lo mandas, Clarencia.—
¡Adiós! ¡Adiós!—Antonio tomó una mano de Clarencia, y la iba á acercar á sus labios, cuando un dominó negro que salió del cortinaje, como si Lucifer lo evocara, arrebató del brazo á Clarencia. Antonio, sorprendido, permaneció un corto tiempo inmóvil; después se levantó del asiento, recorrió la sala, pero en vano, pues los dos máscaras habían desaparecido.

IV

El dominó negro se abrió paso por entre la multitud de gente que ocupaba la sala, y oprimiendo convulsivamente el brazo de Clarencia, la condujo hasta su casa, sin decirle una sola palabra. Ella, por su parte, se dejó guiar maquinalmente por el máscara, ó más claro, por su esposo, que previsor ó suspicaz había seguido á su mujer al baile, sin que ella pudiese ni aun sospecharlo; pero luego que se halló sola en su alcoba, se arrojó al lecho y virtió un torrente de lágrimas; después se puso en pié, y

mirándose por casualidad en un espejo, exclamó:—“¡Funesta hermosura! ¡Desgraciada juventud! ¡Vanos adornos! El mundo, la sociedad diría al mirarme, ¡qué feliz y qué bella es esa mujer! ¡Mentira! Esa mujer hermosa envuelta en terciopelo, brillante como un lucero con los diamantes que adornan su cuello y ciñen su sien, es una infeliz, porque en una hora perdió la paz de su corazón, llenó de acíbar la vida de su esposo. ¡Oh! ¡Maldecidos diamantes, continuó arrancándose las joyas que la adornaban, y arrojándolas con desdén sobre el tocador; fatales vestidos de seda y oro, debajo de los cuales palpita un corazón inquieto! ¡Ricardo, Ricardo, ven, háblame, échame en cara mi ligereza, maldícame! ¿Por qué no cerré mis oídos á la voz de Antonio? ¿Por qué fui á ese baile infernal? ¿Por qué, Dios mío, me presentaste delante este hombre, que despertó de un golpe todos mis recuerdos, todo mi amor de niña? Y le tengo aún presente, y quisiera que él fuera mi esposo, y le amo, le amo; el corazón lo dice, y mi boca no lo quiere pronunciar. ¿Y le amo cuando no debo amar más que á mi esposo? ¡Oh! es cruel, Dios mío, es cruel que dejes vivir á los que sufren estos martirios. ¡Perdón, perdón, Virgen María!” Clarencia cayó de rodillas, y ocultó su rostro y sus hombros ya desnudos entre las cortinas de su lecho. ¡Pobres mujeres! Aisladas y sin tener quien